



La punta y el iceberg.

Se vale opinar.

Martha Galindo.

Diciembre 8, 2020.

LA DISTANCIA

A querer o sin ganas la pandemia nos mantiene físicamente separados.

Algunos futuristas han advertido, desde antes que llegara la COVID, la tendencia a ir sustituyendo humanos por robots en algunas tareas, así como de que las oficinas y fábricas actuales irán gradualmente desapareciendo. Pero a la fecha la mayoría de los trabajos remunerados se han llevado a cabo en espacios compartidos y requieren participación y convivencia entre las personas. Esta modalidad laboral ha resentido bastante el embate de esta plaga sanitaria.

Los escolares de cualquier grado se han olvidado de la modalidad presencial y ahora permanecen (o deberían) durante horas frente a un televisor, o en casos más afortunados frente a una computadora, atestiguando los esfuerzos de sus maestros tratando de captar su atención y de transmitirles nuevos conocimientos.

La tecnología digitalizada ha crecido a marchas forzadas y ha sido la gran aliada del confinamiento. Para muchas personas, los medios electrónicos en alguna modalidad son la única manera de no perder contacto con el exterior.

Investigadores de la FP de la UNAM han encontrado que esta dependencia creciente respecto a la tecnología ha alterado los ciclos del sueño de muchas personas y la “generación muda”, o sea los más jóvenes que prefieren textear en lugar de realizar alguna llamada, tienen ahora más motivos para no modificar esa costumbre. Por otro lado, también es cierto que no todos tienen acceso a las tecnologías y esto incide en las brechas económicas y sociales existentes.

Si bien gracias a esta hiperconectividad no estamos del todo ausentes, aunque sí separados, nuestras vidas se han modificados y es demasiado temprano para evaluar el resultado final de esta presencia virtual acrecentada, frente a una ausencia real de carne y hueso.

No menosprecio el auxilio que está prestando esta herramienta virtual en tiempos tan atípicos, pero no encuentro sustituto y espero que nunca lo haya para una conversación cara a cara, para disfrutar el lenguaje no-verbal de un interlocutor. Mucho menos para una cálida o divertida reunión con la familia o los amigos, para un abrazo fuerte, una palmada en el hombro, darle un pañuelo a quien está llorando, una caricia, un masaje, un juego de cartas o armar un rompecabezas en conjunto, escuchar música en grupo, bailar, ir a un hospital a pasar un rato con un enfermo, asistir a un concierto, incluso ir a un velorio. En fin a tantas y tantas cosas y vivencias que teníamos y no valorábamos lo suficiente.

“La distancia sirve para entender lo que pasó, aceptar lo que dolió y aprender de lo que no funcionó”. (Anónimo). Y en verdad, yo espero que así sea!!!